LITURGIAS Y DEVOCIONALES

CELEBRANDO EL ADVIENTO EN COMUNIDAD

Equipo Operativo InS

Noviembre, 2026

Cuaderno de Adviento

2026



EST

InS
Instituto Sustentabilidade
América Latina
e Caribe

Presentación

Hermanos y hermanas en Cristo,

Al acercarnos al final de 2026, volvemos la mirada al camino recorrido. Fue un año de desafíos y gracias, de días luminosos y de travesías que exigieron de nosotros y nosotras más de lo que imaginábamos tener. En medio de todo, sin embargo, permaneció constante la presencia de Dios: Él estuvo con nosotros y nosotras en las alegrías que celebramos y también en las horas en que el corazón se sintió cansado.

Al contemplar el 2027 que se acerca, somos invitados e invitadas a llevar con nosotros y nosotras lo que este año nos enseñó. ¿Qué quedó grabado en nuestro corazón? ¿Qué señales de esperanza logramos reconocer incluso en medio de las dificultades? ¿Y cómo podemos atravesar el umbral del nuevo año con más fe, más coraje y más empatía?

El tiempo de Adviento nos ayuda precisamente en esa preparación: disponer el corazón para acoger al Cristo que viene, no solo en la Navidad, sino en cada circunstancia de nuestra existencia. Es tiempo de renovar la confianza en Dios, de fortalecer los lazos comunitarios y de redescubrir la belleza de la fe vivida en comunión.

Somos llamados y llamadas a reconocer que el Señor viene a restaurar nuestra vida. Él viene a traer la justicia que defiende a las personas pobres, levanta a las personas abatidas y acoge a las personas menospreciadas. Y viene a despertar en nosotros y nosotras una esperanza que no desanima, que busca la justicia, que nos mantiene vigilantes y que nos impulsa a preparar su camino con conversión y compromiso.

Con ese propósito, el Instituto Sustentabilidad América Latina y el Caribe preparó el Cuaderno Devocional de Adviento de 2026. Más que páginas por recorrer, se presenta como una invitación a una caminata espiritual que nos acerca a Dios y también a la comunidad. Que cada encuentro sea ocasión de oración, de compartir y de renovación de la esperanza.

Que este Adviento sea, para todas las personas, un tiempo de luz y transformación. Que el Dios que viene a restaurar nuestra vida nos conduzca a un 2027 repleto de paz, fe y esperanza viva. Que así sea.

Equipo operativo InS

ÍNDICE

INSTRUCCIONES..... 7

1º DEVOCIONAL DE ADVIENTO..... 11

2º DEVOCIONAL DE ADVIENTO..... 23

3º DEVOCIONAL DE ADVIENTO..... 37

4º DEVOCIONAL DE ADVIENTO..... 49

Instrucciones

Es posible hacer los encuentros en la propia iglesia o en las casas de las personas que son miembros de la iglesia, quienes tengan la disposición de abrir sus casas a los demás. La familia que recibe a la comunidad en su casa debe tener preparado el espacio antes del encuentro. Si el encuentro se hace en la iglesia, preparar las sillas en forma de círculo para que todas las personas puedan mirar al centro en donde estará la corona de adviento.

Los encuentros de adviento reúnen algunos ritos especiales, como: encender las velas de la *corona de adviento.* La *corona de adviento* está formada por un círculo de ramos verdes con cuatro velas violetas o lilas, adornadas con lazos rojos. Si los encuentros suceden en la iglesia, la *corona* es puesta en un lugar de destaque. Si los encuentros suceden en los hogares, hay que hacer la corona de adviento dentro de un plato o bandeja para poder cargarla a las demás casas en cada encuentro.

El color litúrgico para el periodo de adviento es el morado, violeta o lila, este color está asociado a la penitencia, la esperanza, la tristeza y la nostalgia. Señala que algo está por

venir. Llama a la reflexión y a la oración. En cada uno de los cuatro primeros encuentros se debe encender una vela a la vez, o sea, en el primer encuentro se enciende una vela, en el segundo, se encienden dos velas y así sucesivamente. El momento de encender las velas será incluido en la liturgia de cada encuentro.

Para hacer una corona de adviento puede ver en YouTube algunos videos instructivos. Posteriormente, sugerimos algunos enlaces para ver los videos.

Materiales necesarios para la corona de adviento:

• Algo circular (puede ser de cartón, un cuadro firme en formato circular, como un anillo grande)

• Ramos verdes de ciprés o guirnaldas verdes

• Cuatro velas moradas o lilas

• Decoración de preferencia (pueden ser las bolitas del árbol de navidad o lazos rojos)

Algunos enlaces de videos instructivos para hacer la corona de adviento:

https://www.youtube.com/watch?v=CN1Z7VDKZdo

https://www.youtube.com/watch?v=-8dqzQ1MPVg

https://www.youtube.com/watch?v=WuzBI-YkGk0

Materiales sugeridos para los encuentros:

- La corona de adviento
- Biblia
- Cruz
- Flores u hojas naturales
- Tela de color violeta o lila.

La liturgia de los devocionales contiene diversos momentos que pueden ser divididos y leídos por todas las personas participantes. Todo lo que está escrito entre paréntesis () no debe ser leído en voz alta, son solo indicaciones y orientaciones referentes a los momentos específicos. Es importante tener el cuaderno de cantos de la comunidad a la mano a la hora de alabar, puesto que en este cuaderno no hay sugerencias específicas de cantos para que cada país y comunidad cante las canciones que más conozcan.

Deseamos que tengan un bendecido encuentro.

1º Devocional de Adviento

Instrucciones iniciales

Prepare el ambiente con la corona de adviento en un lugar donde todas y todos puedan ver. Igualmente, prepare en ese ambiente una tela morada o lila, con flores, la biblia y la cruz. Tenga también un encendedor o fósforos para encender la vela. Deje todo arreglado para que todas las personas se sientan cómodas.

Divida las partes del devocional con las personas presentes en el encuentro, cada una podrá leer una parte. Lo que está en letra cursiva dentro de los paréntesis no debe ser leído en voz alta, es solo una instrucción para el momento. Cuando sea la hora de comenzar, invite a las personas a tener un momento de silencio y dé inicio al momento litúrgico.

Saludo y bienvenida – (*Alguien da la bienvenida, puede ser la familia que recibe en la casa o alguien que dirige el grupo. Encienda una vela de la corona de Adviento.)*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, sean todos y todas bienvenidos y bienvenidas a este primer encuentro del Adviento. Iniciamos un camino de fe y vigilancia, en el cual la

luz de la promesa de Dios comienza a brillar sobre nosotros y nosotras.

Este es un tiempo sagrado de espera y preparación, en el que la fe se fortalece, la esperanza florece y el amor se renueva en nuestras vidas. En este camino de preparación para la Navidad, dejemos que resuene en nuestros corazones la alegría del salmista: “Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos.” (Salmo 122.1)

Que esta alegría sea también la nuestra, al iniciar en unidad este camino del Adviento, con la confianza de que Dios viene a nuestro encuentro para restaurar nuestra vida. Él viene a traer la justicia que defiende a las personas pobres, levanta a las personas abatidas y acoge a las personas menospreciadas. Y viene a despertar en nosotros y nosotras una esperanza que no desanima, que busca la justicia, que nos mantiene vigilantes y que nos impulsa a preparar su camino con conversión y compromiso.

¡Seamos iluminados e iluminadas por la presencia del Señor, que nos reúne hoy como comunidad de fe y esperanza! En la presencia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, invito a todos y todas a cantar con alegría el siguiente himno:

♫ Canto ♫

Lectura del Salmo – Salmo 122

Confesión de pecados y anuncio de la gracia – Dios de esperanza y de paz, en este tiempo de Adviento, nos acercamos a Ti con el corazón abierto y sincero para reconocer nuestras faltas. Perdónanos, Señor, cuando la rutina nos aleja de Ti y cuando dejamos que el cansancio apague en nosotros y nosotras el deseo de buscarte. Perdónanos por las veces en que fuimos indiferentes al dolor de quien camina a nuestro lado, por las palabras que hirieron, por los gestos de omisión y por el silencio ante la injusticia. Perdónanos, oh Dios, cuando cerramos las puertas de nuestro corazón a la persona extranjera, a la persona pobre, a aquella que consideramos diferente, y cuando no reconocemos en cada persona Tu imagen y semejanza. Perdónanos por tantas veces elegir la comodidad en lugar de la compasión, y por dejar que el miedo y el egoísmo nos alejen de nuestros hermanos y hermanas. Ten piedad de nosotros y nosotras, Señor, y renuévanos la alegría de Tu presencia. Concédenos un corazón vigilante y

disponible, para que sepamos acoger Tu venida con fe, esperanza y amor. Amén.

Escuchemos las buenas nuevas de la Palabra de Dios: "Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios." (Rm 15.7)

En Cristo, esa acogida se convierte en gracia. Dios no nos rechaza por causa de nuestros pecados, sino que nos recibe con amor y nos reconcilia consigo mismo. En el Adviento, somos llamados y llamadas a vivir esa misma acogida: perdonar, incluir, servir y amar. Por lo tanto, reciban y vivan esta verdad: en Jesucristo, somos personas acogidas, perdonadas y renovadas para una vida de fe, esperanza y amor. Amén. Cantemos:

♫ Canto ♫

Lectura del Evangelio – Mateo 24.36-44

Mensaje – Hay esperas que nos alegran y esperas que nos cansan. Esperamos un reencuentro, una noticia, una oportunidad. Pero también esperamos que cese la violencia, que la justicia alcance a quienes se les han negado sus

derechos y que la paz encuentre un lugar en nuestros hogares y comunidades. Cuando estas esperas se prolongan, podemos perder el ánimo y acostumbrarnos a aquello que hiere la vida. El tiempo de Adviento nos encuentra en este camino y renueva una promesa: el Señor viene. Su venida confronta la injusticia y despierta la esperanza de restauración.

El Salmo 122 comienza con la alegría de quien recibe una invitación para ir a la casa del Señor. El camino conduce a Jerusalén, lugar de encuentro, celebración y pertenencia. Sin embargo, la mirada del salmista también se dirige a la vida de la ciudad: allí están los tribunales de justicia, como señala el versículo 5, y por ella se pide paz. La oración vincula el culto con las relaciones que sostienen la convivencia. El encuentro con Dios nos lleva a desear el bien de las personas con quienes compartimos la vida.

En este salmo, la paz es una aspiración comunitaria. Como leemos en el versículo 8: « Por amor de mis hermanos y mis compañeros diré yo: La paz sea contigo.» Quien ora reconoce que su propio bienestar está ligado al bienestar de las demás personas. Podemos escuchar en esta oración un llamado a nuestras congregaciones y comunidades de fe: que la paz alcance a quienes viven con miedo, a quienes sufren

violencia, a quienes no encuentran acogida y a quienes ven silenciadas sus voces. Que alcance también a las personas que enfrentan diariamente el hambre, la privación de derechos y la negación de su dignidad, cuyas vidas y muertes tantas veces son ignoradas.

Una congregación que pide paz está llamada a examinar sus relaciones y a enfrentar las injusticias que ocurren en su propio seno. En el versículo 9, la oración se convierte en compromiso: «buscaré tu bien». A la luz de la Palabra y de las enseñanzas de Jesús, estamos llamados y llamadas a construir nuevas relaciones, a mirar a nuestro alrededor y a reconocer verdaderamente al hermano y a la hermana que sufren y cuyas voces tantas veces resuenan sin recibir respuesta.

En Mateo 24:36–44, Jesús nos enfrenta a la incertidumbre: nadie conoce el día ni la hora de su venida, como afirma el versículo 36. No recibimos un calendario para controlar el futuro. Recibimos un llamado a mantenernos vigilantes. Al recordar los días de Noé y mencionar a personas que trabajaban en el campo y en el molino, Jesús sitúa esta advertencia en medio de la vida cotidiana. Es precisamente

allí, entre tareas, preocupaciones y compromisos, donde necesitamos permanecer atentos y atentas.

Si las ocupaciones cotidianas podían absorber la atención de las personas en aquel tiempo, ¿qué podemos decir de nosotros y nosotras hoy, en medio de tantas exigencias y distracciones? Como leemos en el versículo 44, Jesús advierte: «Por tanto, también vosotros estad preparados». Su palabra nos invita a preguntarnos: ¿Estamos preparados y preparadas? ¿Nuestras preocupaciones cotidianas nos permiten mantenernos vigilantes? ¿Cómo acogemos la promesa de una venida anunciada cuyo momento desconocemos?

Este pasaje nos presenta la seriedad del juicio y nos recuerda que nuestra manera de vivir importa ante Dios. La vigilancia puede entenderse, entonces, como la disposición a permitir que la promesa de su venida cuestione nuestras decisiones. ¿Qué hemos dejado de percibir? ¿Qué sufrimientos se han vuelto tan habituales que ya no nos conmueven? ¿Qué cambios hemos postergado en nuestras relaciones y congregaciones? El individualismo, la indiferencia y la banalización de la violencia pueden ocupar tanto espacio en nuestra vida que llegamos a considerarlos parte inevitable

de la vida cotidiana. ¿Es esta naturalización coherente con la justicia que aprendemos de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador?

Leídos en conjunto, ambos textos nos invitan a una espera atenta y comprometida. El salmo nos enseña a pedir paz y a buscar el bien de la comunidad; el Evangelio nos llama a despertar a nuestra responsabilidad en el presente. La esperanza en la venida del Señor sostiene nuestro caminar y nos da valor para actuar, incluso cuando los resultados parecen pequeños.

En las iglesias y organizaciones basadas en la fe de América Latina y el Caribe, esta esperanza puede expresarse en prácticas concretas: escuchar a quienes suelen quedar al margen de las decisiones, enfrentar la violencia y la discriminación, compartir los recursos con transparencia y crear espacios de participación entre distintas generaciones. Cuidar la continuidad de una congregación también implica cuidar la calidad de sus vínculos, para que su organización esté al servicio de la vida y de su misión. Esto exige mirar a las otras personas, escuchar con atención y reconocer necesidades que no siempre son las nuestras. Implica quitarse la venda del individualismo y cultivar relaciones orientadas por el amor y la

empatía, sostenidas por la gracia salvadora de nuestro Señor Jesucristo.

Estas acciones son respuestas a la gracia de Dios, que nos alcanza y nos moviliza. La restauración que esperamos tiene en Dios su fuente y su cumplimiento. Por eso, podemos reconocer nuestras limitaciones sin renunciar a la responsabilidad que nos corresponde. No necesitamos cargar en soledad con el futuro, pero estamos llamados y llamadas a cuidar con fidelidad la vida que se nos ha confiado hoy.

En este Adviento, encender una vela puede acompañar una decisión: acercarse a alguien que está en soledad, acoger una voz que aún no ha sido escuchada, revisar una práctica injusta o apoyar a quien necesita protección. Son gestos modestos, pero cargados de sentido cuando expresan la fe en el Dios que viene a nuestro encuentro. Así, la petición de paz del salmista y el llamado de Jesús a la vigilancia encuentran expresión en nuestra manera de vivir.

El Señor viene. Ante esta promesa, podemos levantar la mirada, renovar nuestros vínculos y seguir caminando. La justicia de Dios cuestiona todo aquello que destruye la vida; su gracia nos levanta para participar en caminos de reconciliación y cuidado. Que su venida nos encuentre atentos y atentas,

buscando el bien de nuestras congregaciones y sostenidos y sostenidas por la esperanza que él mismo despierta.

Pausa para diálogo: *(En este momento, abrir el diálogo en grupo a partir de las siguientes preguntas motivadoras:)*

1) ¿Qué nos ayuda a mantener la esperanza cuando la espera por justicia y paz parece demasiado larga?

2) En este tiempo de Adviento, ¿qué acción concreta podemos asumir, individualmente o como comunidad de fe, para promover la justicia, la reconciliación y el cuidado de la vida?

(Dar algunos minutos e incentivar al dialogo comunitario sobre la reflexión)

♫ Canto ♫

Oración final – Señor nuestro Dios, en esta primera semana de Adviento, nos reunimos como comunidad de fe para abrir el corazón a Tu presencia y renovar nuestra esperanza. Tu Palabra nos invita a vigilar y a acogernos unos a otros y unas a otras, así como Cristo nos acogió. Por eso, te pedimos: haz de Tu Iglesia un signo vivo de hospitalidad y gracia en medio de un mundo marcado por la indiferencia y la división.

Acompaña, Señor, a quienes gobiernan y lideran las naciones, para que busquen la justicia, la paz y el bien de todos y todas. Fortalece también a cada uno de nosotros y de nosotras, para que, en medio de las preocupaciones de la vida, no perdamos la mirada puesta en Ti ni cerremos el corazón a quien necesita acogida. Que Tu Espíritu nos enseñe a reconocer Tu presencia en los gestos sencillos de amor, en el cuidado del prójimo y de la prójima, y en la valentía de incluir a quien ha sido dejado de lado. Mantén viva en nosotros y en nosotras la esperanza y enséñanos a esperar con alegría la venida de nuestro Salvador, Jesucristo. Los demás agradecimientos y súplicas los colocamos en la oración que el mismo Jesús nos enseñó, diciendo: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad aquí en la tierra, como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición y envío – (*La persona que conduce la lectura de la bendición y envío, extiende sus manos hacia el frente, con las*

palmas dirigidas hacia abajo. Las demás personas que reciben la bendición extienden sus manos hacia el frente con las palmas giradas hacia arriba.)

Extendemos nuestras manos para recibir la bendición de Dios:

"Que el Dios que viene a restaurar nuestra vida nos bendiga y nos guarde. Que él nos conceda la justicia que defiende a las personas pobres y levanta a las personas abatidas, y despierte en nosotros y nosotras la esperanza que no desanima y que prepara el camino del Señor. Que la fe se fortalezca, la esperanza florezca y el amor se renueve en nuestras vidas. Y que la luz de Cristo nos acompañe en este Adviento y en todos nuestros días."

Hermanos y hermanas, vayan en paz. Lleven al mundo la justicia que Dios trae y la esperanza que él despierta. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. (*Apagar la vela*).

Anuncios – *(Avisar el lugar del próximo encuentro, el horario y hacer las reparticiones necesarias)*

2º Devocional de Adviento

Instrucciones iniciales

Prepare el ambiente con la corona de adviento en un lugar donde todas y todos puedan ver. Igualmente, prepare en ese ambiente una tela morada o lila, con flores, la biblia y la cruz. Tenga también un encendedor o fósforos para encender las velas. Deje todo arreglado para que todas las personas se sientan cómodas.

Divida las partes del devocional con las personas presentes en el encuentro, cada una podrá leer una parte. Lo que está en cursiva dentro de los paréntesis no debe ser leído, es solo una instrucción para el momento. Cuando sea la hora de comenzar, invite a las personas a tener un momento de silencio y dé inicio al momento litúrgico.

Saludo y bienvenida – *(Alguien da la bienvenida, puede ser la familia que recibe en la casa o alguien que dirige el grupo. Encender dos velas de la corona de Adviento.)*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, en este segundo encuentro de Adviento, recibimos la invitación a abrir

caminos en el desierto de la vida, preparando el corazón para la venida del Señor.

Con cada vela encendida, la esperanza crece; con cada oración, la fe se fortalece; con cada gesto de amor, el Reino de Dios se manifiesta. Que esta celebración sea un tiempo de luz y renovación.

El salmista nos recuerda: **"**Florecerá en sus días justicia, Y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna." (Salmo 72.7)

Esa justicia que florece es don del Reino que se acerca. No la construimos por nuestra cuenta: es el Señor quien abre camino, endereza sendas y hace brotar la paz. Al preparar su venida, somos invitados e invitadas a dejar que esa justicia tome forma en nuestras actitudes, en nuestras comunidades y en nuestro cuidado con las personas empobrecidas y que sufren. Así, la esperanza se vuelve concreta y el Adviento se transforma en anuncio de vida nueva.

Seamos conducidos y conducidas por la promesa del Cristo que viene, trayendo paz, justicia y vida nueva. En la presencia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con alegría, cantemos el primer himno:

♫ Canto ♫

Lectura del Salmo – Salmo 72.1-7,18-19

Confesión de pecados y anuncio de la gracia – Dios de la vida y de la esperanza, en este tiempo de Adviento somos llamados y llamadas a preparar los caminos para Tu venida. Pero reconocemos que muchas veces hemos caminado por veredas tortuosas. Confesamos, Señor, nuestra soberbia y nuestra indiferencia ante el dolor de quien está a nuestro lado. Perdónanos por la injusticia que alimentamos en silencio y por la comodidad que nos impide luchar por un mundo más justo. Perdónanos cuando cerramos los oídos a Tu voz y dejamos que el desánimo o la prisa nos alejen de la oración. Perdónanos por no preparar los caminos de la reconciliación y de la paz en nuestras relaciones diarias. Perdónanos, oh Dios, cuando ignoramos la situación de la persona pobre, de quien pasa necesidad y de quien no tiene voz en nuestra sociedad. Señor, ten misericordia de nosotros y nosotras y de todas tus criaturas. Alinea nuestra vida con Tu voluntad y abre en nosotros y nosotras espacio para que nazca la esperanza.

Guíanos en la esperanza de Tu salvación, que se revela a toda la humanidad en Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Escuchemos las buenas nuevas de la Palabra: "Y verá toda carne la salvación de Dios." (Lc 3.6)

Esta promesa se cumple en Cristo, que vino al mundo para transformar vidas y restaurar caminos. En la cruz, Él quitó el peso de la culpa; en la resurrección, abrió para nosotros y nosotras el camino de la esperanza. Por lo tanto, reciban con alegría: en Jesucristo somos perdonados y perdonadas, reconciliados y reconciliadas, llamados y llamadas a caminar en novedad de vida, acogiendo unos a otros y unas a otras, especialmente a la persona pobre y a aquella que más lo necesita. Amén. Cantemos:

♫ Canto ♫

Lectura del Evangelio – Mateo 3.1-12

Mensaje – Estimados hermanos y estimadas hermanas, el tema de la justicia atraviesa toda la Escritura. Desde el Antiguo Testamento, encontramos al pueblo de Dios esperando a un Rey cuyo gobierno fuera diferente de los gobiernos humanos:

un Rey que no gobernara para beneficio propio, sino que defendiera a las personas pobres, escuchara a las personas necesitadas y estableciera la justicia. Es exactamente esa expectativa la que encontramos en el Salmo 72. El salmista presenta la figura de un rey cuyo gobierno estaría marcado por la justicia, la paz y la defensa de las personas más vulnerables. No está simplemente describiendo a un buen gobernante. El texto apunta a una esperanza mucho mayor: la esperanza de que Dios establecería un Reino verdadero, definitivo y misericordioso.

Siglos después, Juan el Bautista aparece anunciando: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.» (Mateo 3.2). Lo que antes era esperado ahora comienza a acercarse. El Reino está llegando. El Rey está viniendo. Y, para nosotros, personas cristianas, esa esperanza tiene un nombre: Jesucristo. El mensaje que estos textos nos presentan puede resumirse en tres afirmaciones: (1) el Rey que viene trae justicia; (2) el Rey que viene produce restauración; y (3) el Rey que viene despierta esperanza. El Salmo comienza con una oración: «Oh Dios, da tus juicios al rey, Y tu justicia al hijo del rey.» (Salmo 72.1). La primera característica de ese Rey es la justicia. El salmista continúa: «El juzgará a tu pueblo con

justicia, Y a tus afligidos con juicio.» (v. 2). Y de nuevo: «Juzgará a los afligidos del pueblo, Salvará a los hijos del menesteroso, Y aplastará al opresor.» (v. 4). La justicia de ese Rey no es solo una cuestión jurídica o institucional. Tiene una dimensión profundamente humana: el Rey mira a ese pueblo que sufre.

El texto menciona repetidamente a personas afligidas, necesitadas, pobres y desvalidas. Eso nos revela algo sobre el carácter de Dios: Dios no es indiferente ante la injusticia. Cuando alguien sufre, Dios ve. Cuando alguien es oprimido, Dios oye. Cuando alguien es olvidado, Dios no olvida. Esa es una diferencia fundamental entre el Reino de Dios y los reinos humanos. Los poderes de este mundo con frecuencia protegen a las personas fuertes y dejan a las vulnerables al margen. El Rey presentado en el Salmo 72 hace lo contrario: se vuelve hacia aquellos y aquellas que necesitan socorro. Y esa justicia encuentra su cumplimiento en Jesucristo.

Durante su ministerio, Jesús se acercó a aquellos y aquellas que la sociedad marginaba. Acogió a personas pecadoras, se acercó a las personas enfermas, prestó atención a las personas pobres y confrontó estructuras de hipocresía y opresión. Jesús no vino solo a hablar de justicia. Vino a

establecer el Reino de Dios. Por eso, cuando hablamos de justicia cristiana, no podemos separar la justicia de Cristo. Nuestra hambre y esperanza de justicia no están simplemente en instituciones humanas, en gobiernos o en la capacidad de la sociedad de transformarse. Nuestra esperanza está en aquel que es el verdadero Rey.

El Salmo 72 presenta los efectos del gobierno de ese Rey: «Florecerá en sus días justicia, Y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna.» (Salmo 72.7). El salmista no desea solo que el mal sea contenido. Espera que el bien florezca. No basta con que la opresión sea denunciada; es necesario que las personas encuentren caminos de libertad y dignidad. No basta con hablar de paz mientras las causas de la violencia permanecen intactas; es necesario construir relaciones más justas, en las que nadie tenga que vivir bajo el miedo, la humillación o la explotación. La justicia del Reino no es solo la ausencia de la injusticia. Es la presencia concreta de condiciones para que la vida florezca. Florece la justicia cuando quien pasa hambre encuentra alimento y cuando la comunidad deja de tratar el hambre como si fuera un problema ajeno. Florece la justicia cuando se respeta la dignidad de cada persona, cuando se enfrenta la violencia y

cuando aquellos y aquellas que fueron silenciados y silenciadas encuentran espacio para hablar. Florece la justicia cuando reconocemos que no puede haber verdadera paz donde la dignidad humana sigue siendo negada. Es a esa realidad a la que Jesús nos remite. Su Reino no es una promesa vacía, ni una idea bonita destinada solo a aliviar nuestras inquietudes. Es la acción de Dios que transforma nuestra relación con él, con las otras personas y con toda la creación. En Cristo, Dios nos reconcilia consigo, vence el poder del pecado y abre, por medio de su muerte y resurrección, el camino de la vida. La cruz nos muestra que el amor de Dios no huye del sufrimiento humano. La resurrección proclama que la muerte, la violencia y las fuerzas que destruyen la vida no tendrán la última palabra.

Juan el Bautista aparece predicando en el desierto: «Arrepiéntanse, porque el Reino de los cielos está cerca». Juan no está simplemente anunciando una idea religiosa. Está anunciando que el Reino está llegando. Y la llegada del Reino exige una respuesta. Esa respuesta es el arrepentimiento. ¿De qué necesitamos arrepentirnos? ¿En qué situaciones hemos sido indiferentes? ¿En qué hemos alimentado el orgullo? ¿En qué situaciones hemos tratado a personas de manera injusta?

La llegada del Rey no solo nos da esperanza; también nos confronta.

La esperanza del Reino no pertenece a un pequeño grupo. Alcanza a todas las naciones (Salmo 72.17). En Cristo, Dios ofrece una esperanza que atraviesa pueblos, culturas, épocas y fronteras. Y esa esperanza es necesaria porque la realidad que vemos muchas veces parece contradecirla. Es justamente en esos momentos cuando necesitamos volver al Evangelio. La esperanza cristiana depende de aquel en quien confiamos. Nuestra esperanza no está en la ausencia de problemas. Nuestra esperanza está en Cristo. Está en la promesa de Dios. Es una esperanza que nos pone en movimiento. Esta tal vez sea una de las aplicaciones más importantes de estos textos: el Reino ya fue inaugurado. Cristo murió y resucitó. Él reina, pero todavía esperamos la consumación completa de ese Reino. Por eso vivimos entre dos realidades: Cristo ya vino. Cristo aún vendrá. Ya experimentamos la salvación, pero todavía esperamos la restauración completa. Ya conocemos la justicia de Dios, pero todavía esperamos el día en que será plenamente establecida. Ya tenemos esperanza, pero todavía esperamos el cumplimiento final de la promesa. Esa realidad cambia la

manera como vivimos. Mientras esperamos al Rey, somos llamados y llamadas a vivir de acuerdo con el Reino. Si esperamos justicia, practicamos justicia. Si esperamos misericordia, ejercemos misericordia. Si esperamos restauración, trabajamos por la reconciliación. Si esperamos un Reino de paz, somos personas llamadas a promover la paz.

La comunidad de fe no está llamada a huir de la realidad mientras espera que Cristo vuelva. Está invitada a dar testimonio, dentro de la realidad presente, de los valores del Reino que ha de venir. El Salmo 72 nos presenta la esperanza de un Rey justo. Mateo nos presenta la voz de Juan el Bautista anunciando que el Reino está cerca. En Cristo, Dios entró en nuestra historia. Vino al encuentro de las personas pecadoras. Anunció el Reino. Enfrentó el pecado. Venció la muerte. Y prometió volver. Por eso, nuestra esperanza no es una esperanza vacía. Mientras esperamos, no desistimos. Seguimos creyendo. Seguimos anunciando. Seguimos practicando la justicia. Seguimos cuidando de las personas que sufren. Seguimos apuntando a Cristo. Porque sabemos que el Rey vino, el Rey reina y el Rey volverá. Y esta es la esperanza de la comunidad de fe: Aquel que comenzó la buena obra la completará. Hasta ese día, permanecemos firmes, mirando a

Cristo y viviendo por la esperanza en aquel que es el camino, la verdad y la vida (Juan 14.6). Amén.

Pausa para diálogo: *(En este momento, abrir el diálogo en grupo a partir de las siguientes preguntas motivadoras:)*

1) ¿Qué situaciones de injusticia han llamado más tu atención últimamente?

2) ¿Qué cambia en nosotros cuando dejamos de ver la justicia solo como un tema distante y pasamos a verla como un llamado de Dios?

(Dar algunos minutos e incentivar al dialogo comunitario sobre la reflexión)

♫ Canto ♫

Oración final – Señor nuestro Dios, en esta segunda semana de Adviento queremos preparar el corazón para Tu venida, recordando el llamado de Juan el Bautista a enderezar los caminos. Confiamos en Tu misericordia que siempre nos alcanza primero, y te pedimos que Tu Iglesia proclame con valentía el arrepentimiento y el perdón, bendiciendo a quienes predican y sirven en Tu nombre, para que sus palabras y gestos preparen corazones para acoger a Cristo. Acuérdate,

Señor, de las personas que sufren a causa del cambio climático: de quienes pierden sus casas por las inundaciones y los deslizamientos, de quienes enfrentan sequías prolongadas y no tienen agua para beber, de quienes viven de la tierra y ven sus cultivos destruidos. Acuérdate de los pueblos originarios, que cuidan de Tu creación y tantas veces son expulsados de sus tierras. Acuérdate de las personas que viven en la pobreza extrema, de quienes pasan hambre, de quienes no tienen vivienda digna, de quienes son explotadas en el trabajo y de quienes son víctimas de la trata de personas. Acuérdate también de las personas que huyen de la guerra y de la violencia, de quienes cruzan fronteras en busca de refugio, de quienes son separadas de sus familias y de quienes no encuentran acogida. Que Tu presencia traiga consuelo y esperanza donde hay dolor, y que Tu Espíritu renueve en nosotros y nosotras el compromiso de cuidar de Tu creación, de luchar por justicia y de ser instrumentos de Tu paz. Guíanos, Señor, por Tu Espíritu, a una vida de arrepentimiento sincero y fe confiada. Que nuestras palabras y actitudes preparen caminos para Tu Reino, revelen Tu amor a quienes caminan a nuestro lado y cuiden de la casa común que nos confiaste. Enséñanos a esperar con humildad y alegría a Aquel

que viene a renovar todas las cosas: Jesucristo, nuestro Señor. Todo esto, y mucho más, lo ponemos en la oración que Jesucristo nos enseñó, diciendo: Jesucristo, nuestro Señor. Todo esto, y mucho más, lo colocamos en la oración que Jesucristo nos enseñó, diciendo: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad aquí en la tierra, como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición y envío – (*La persona que conduce la lectura de la bendición y envío, extiende sus manos hacia el frente, con las palmas dirigidas hacia abajo. Las demás personas que reciben la bendición extienden sus manos hacia el frente con las palmas giradas hacia arriba.)*

Extendamos nuestras manos para recibir la bendición de Dios:

"Que el Señor que viene a restaurar nuestra vida nos conceda la gracia de preparar los caminos del corazón. Que la

justicia florezca en nuestras actitudes y la paz abunde en nuestras comunidades de fe. Que la esperanza que no desanima nos acompañe hoy y siempre."

Hermanos y hermanas, vayan en paz. Lleven al mundo la justicia que florece y la esperanza que prepara el camino del Señor. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. *(Apagar las velas)*

Anuncios – *(Avisar el lugar del próximo encuentro, el horario y hacer las reparticiones necesarias)*

3º Devocional de Adviento

Instrucciones iniciales

Prepare el ambiente con la corona de adviento en un lugar donde todas y todos puedan ver. Igualmente, prepare en ese ambiente una tela morada o lila, con flores, la biblia y la cruz. Tenga también un encendedor o fósforos para encender las velas. Deje todo arreglado para que todas las personas se sientan cómodas.

Divida las partes del devocional con las personas presentes en el encuentro, cada una podrá leer una parte. Lo que está en cursiva dentro de los paréntesis no debe ser leído, es solo una instrucción para el momento. Cuando sea la hora de comenzar, invite a las personas a tener un momento de silencio y dé inicio al momento litúrgico.

Saludo y bienvenida – *(Alguien da la bienvenida, puede ser la familia que recibe en la casa o alguien que dirige el grupo. Encienda tres velas de la corona de Adviento.)*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, en este tercer encuentro del Adviento somos invitados e invitadas a

caminar en la esperanza y la alegría, pues la luz del Señor ya despunta en nuestro horizonte.

Las Escrituras nos presentan el cántico de María, que exulta ante la promesa que se cumple: “Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” (Lc 1.46-47)

María nos enseña que la verdadera alegría nace de la confianza en Dios, que acoge la pequeñez y realiza grandes cosas. Su cántico es también un canto de justicia y esperanza: el Señor derriba a quien tiene poder y exalta a quien es humilde, alimenta a quien tiene hambre y ampara a quien necesita. En este Adviento, somos llamados y llamadas a hacer eco de ese mismo cántico en nuestra vida, proclamando con palabras y acciones que el Señor viene a restaurar a su pueblo.

Que esta celebración nos fortalezca y renueve nuestra esperanza en el Cristo que viene. En la presencia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con alegría, elevemos nuestra voz en el primer himno:

♫ Canto ♫

Lectura del Salmo – Salmo 146.5-10

Confesión de pecados y anuncio de la gracia – Dios fiel y compasivo, en este tiempo de Adviento nos recuerdas la misión de preparar los caminos del Señor, como lo hizo Juan el Bautista. Ante Ti, reconocemos con sinceridad las faltas que marcan nuestra vida cotidiana. Perdónanos, Señor, cuando tratamos con impaciencia a las personas que más amamos: cuando respondemos con brusquedad a quien nos busca en casa, cuando ignoramos el pedido de atención de un niño o una niña, cuando no tenemos tiempo para escuchar a quien está a nuestro lado. Perdónanos por lo que hacemos y por lo que dejamos de hacer: por los comentarios maliciosos sobre compañeros y compañeras de trabajo, por la indiferencia ante quien pide ayuda en la calle, por el silencio cuando alguien es humillado delante de nosotros y nosotras. Perdónanos cuando cambiamos la presencia por la pantalla, el abrazo por el mensaje rápido, la conversación por el "me gusta". Perdónanos cuando oramos con prisa, cuando leemos Tu Palabra sin dejarla transformar nuestra vida, cuando vamos a la iglesia pero dejamos la fe en la puerta de casa. Perdónanos cuando gastamos demasiado y compartimos demasiado poco, cuando acumulamos mientras otros y otras no tienen lo suficiente, cuando ignoramos de dónde viene lo que vestimos

y lo que comemos. Perdónanos, oh Dios, cuando no defendemos a la persona pobre, cuando no acogemos a quien viene de fuera, cuando no cuidamos de Tu creación y contribuimos a la destrucción de la casa común. Señor, ten misericordia de nosotros y nosotras. Renueva en nosotros y nosotras la voz del mensajero que anuncia Tu venida y fortalece en nuestro corazón la esperanza que no se apaga. Prepáranos, oh Dios, para ser signos vivos de Tu presencia entre nosotros y nosotras. Amén.

Escuchemos las buenas nuevas de la Palabra: "Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca." (Fil 4.4-5)

En Cristo, esta promesa se cumple. Él es la Buena Nueva que vino a habitar entre nosotros y nosotras, trayendo perdón, paz y vida nueva. En la cruz, nos abrió el camino de la reconciliación; en la resurrección, confirmó la victoria de la esperanza. Por lo tanto, reciban con fe: en Jesucristo somos personas perdonadas, renovadas y enviadas como testigos de Su Reino, llamadas a acogernos unos a otros y unas a otras, especialmente a la persona pobre y a aquella que más lo necesita. Amén. Cantemos:

♫ Canto ♫

Lectura del Evangelio – Mateo 11.2-11

Mensaje – Hermanos y hermanas en Cristo, la fe no siempre viene acompañada de certezas. A veces también está atravesada por preguntas, inseguridades y dudas. ¿Quién aquí nunca ha dudado? Eso no significa que dejemos de creer. El Evangelio de hoy nos muestra justamente eso: un hombre de fe que también duda.

Juan el Bautista estaba preso. Había anunciado la venida del Mesías, había bautizado a Jesús en el Jordán, había visto el cielo abrirse. Pero ahora está solo en una celda, con la muerte acercándose, y manda a sus discípulos a preguntarle a Jesús: «¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?» (Mt 11.3).

Fíjense que Juan no está pidiendo una clase de teología. Está pidiendo una confirmación. Su fe está tambaleando. Y hace la pregunta que tal vez muchos y muchas de nosotros y nosotras tengamos vergüenza de hacer en voz alta.

Jesús no responde con un discurso. No dice: «Juan, tranquilo, yo soy el Mesías, todo está bajo control». Responde con acciones concretas: « Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio» (Mt 11.5). O sea: «Mira lo que está pasando. La promesa se está cumpliendo delante de tus ojos».

Y aquí está el punto que lo cambia todo. Juan esperaba un Mesías de juicio y fuego, que vendría a derribar a los poderosos y castigar a los impíos. Pero Jesús vino como un Mesías que sana, que acoge, que se sienta a la mesa con las personas pecadoras. Él no vino para aquellas que se creen listas, sino para quien reconoce que necesita salvación.

Por eso Jesús termina con una advertencia: «y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí» (Mt 11.6). Porque el Mesías de Dios no se parece a lo que esperábamos.

El Salmo 146 nos ayuda a entender este modo de ser de Dios. Canta: «Que hace justicia a los agraviados, que da pan a los hambrientos. Jehová liberta a los cautivos; Jehová abre los ojos a los ciegos; Jehová levanta a los caídos; Jehová ama a los justos. Jehová guarda a los extranjeros; Al huérfano y a la viuda sostiene.» (Sl 146.7-9).

¿Se dan cuenta de lo que este salmo está diciendo? Dios no es neutral ante el sufrimiento. No se queda en la cerca. Se pone del lado de quien está siendo aplastado por la vida. Y eso es exactamente lo que Jesús hace en los evangelios.

En Jesús, Dios se acerca al dolor humano no con discursos distantes, sino con manos que tocan, con pies que caminan hasta la casa de quien está enfermo, con ojos que ven a quien nadie más quiere ver. No es un Dios indiferente, es un Dios que se involucra.

Tal vez tú estés aquí hoy con la misma pregunta de Juan. Tal vez la vida se ha vuelto demasiado pesada y te estés preguntando: «Dios, ¿eres tú mismo? ¿Estás en control? ¿Puedo confiar?».

La buena noticia del Adviento es que Dios no se ofende con nuestra duda. Jesús no reprendió a Juan. Respondió con señales. Y hoy sigue respondiendo: en el abrazo de una comunidad que acoge, en la Palabra que consuela, en el pan compartido, en el gesto de alguien que se interesa. Dios no nos pide una fe perfecta. Nos invita a confiar en él incluso cuando las respuestas no llegan rápido.

Y, mientras esperamos, somos llamados y llamadas a ser señales de esa esperanza. Como Jesús le mostró a Juan, el

Reino se revela en gestos concretos: cuando alimentamos a quien tiene hambre, cuando acogemos a quien ha sido dejado de lado, cuando visitamos a la persona que está sola, cuando defendemos a la persona pobre y cuidamos de la creación que gime. No porque seamos personas perfectas, sino porque fuimos acogidos y acogidas primero.

Juan estaba en la prisión y no vio el final de la historia. Pero confió. Y Jesús lo llamó el mayor entre los nacidos de mujer (Mt 11.11).

En este Adviento, tal vez no veas todas las respuestas. Tal vez la vida siga siendo difícil. Pero la invitación de Dios es la misma: no te escandalices por el modo de actuar de Dios. Él está viniendo. Y cuando venga, todo será renovado.

Que en esta tercera semana de Adviento podamos hacer como Juan: llevar nuestras dudas a Jesús, abrir el corazón para ver las señales que él ya está realizando, y esperar con fe a Aquel que viene a renovar todas las cosas. Amén.

Pausa para diálogo: *(En este momento, abrir el diálogo en grupo a partir de las siguientes preguntas motivadoras:)*

1) ¿Qué te ha hecho dudar o preguntarte si Dios está actuando hoy? ¿Dónde ha tambaleado tu fe?

2) ¿Qué gesto sencillo pueden asumir tú y tu comunidad esta semana para ser señal de esperanza para alguien?

(Dar algunos minutos e incentivar al dialogo comunitario sobre la reflexión)

♫ Canto ♫

Oración final – Señor nuestro Dios, en esta tercera semana de Adviento somos recordados y recordadas, por la voz de Juan el Bautista, de que la fe verdadera produce frutos de arrepentimiento y amor. Ante Tu Palabra, reconocemos que muchas veces hemos vivido con indiferencia, olvidándonos de Tu voluntad y de la necesidad de quien está a nuestro lado. Aun así, confiamos en Tu gracia, que nos llama, perdona y transforma. Te pedimos, Señor, que Tu Iglesia permanezca fiel al Evangelio y que, movida por Tu Espíritu, anuncie con valentía la justicia y la compasión que vienen de Ti. Que no busquemos solo palabras bonitas, sino una fe que se traduzca en gestos concretos de compartir, solidaridad y cuidado con quienes sufren. Acuérdate, Señor, de las personas que se

levantan antes del sol y vuelven a casa después de que se pone, y aun así no logran poner comida en la mesa. Acuérdate de quien perdió el empleo y siente vergüenza de pedir ayuda. Acuérdate de quien trabaja en condiciones indignas, sin derechos, sin descanso. Acuérdate de la persona que sostiene sola la casa y no tiene con quién compartir el peso. Acuérdate de las familias que se deshacen por causa de la violencia doméstica, de las mujeres que sufren en silencio, de los niños y las niñas que crecen con miedo dentro de casa. Acuérdate de la persona que fue expulsada de su tierra y no tiene a dónde volver. Acuérdate de la persona que duerme en la calle y es tratada como invisible. Acuérdate de las personas que enfrentan la ansiedad y la depresión, que sonríen por fuera pero se derrumban por dentro. Acuérdate de quien lucha contra la adicción, de quien intenta empezar de nuevo y vuelve a caer. Acuérdate de quien perdió a un ser querido este año y enfrenta la primera Navidad sin esa persona. Acuérdate de quien tiene hambre, y no solo de comida, sino de afecto, de escucha, de pertenencia. Bendice a las personas que ejercen liderazgo en nuestras comunidades y en el mundo, para que actúen con honestidad, humildad y compromiso con la vida. Que no se dejen corromper por el poder ni se alejen de

quienes más lo necesitan. Señor, purifica nuestro corazón de toda arrogancia e indiferencia. Que Tu Espíritu Santo nos renueve, para que seamos signos vivos de Tu presencia en el mundo. Enséñanos a vivir con alegría la buena noticia de la salvación y a esperar con fe Tu Reino, que ya comienza entre nosotros y nosotras en Jesucristo, nuestro Señor. Con humildad y fe, unimos nuestras voces en la oración que Tu Hijo Jesucristo nos enseñó, diciendo: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad aquí en la tierra, como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición y envío – (*La persona que conduce la lectura de la bendición y envío, extiende sus manos hacia el frente, con las palmas dirigidas hacia abajo. Las demás personas que reciben la bendición extienden sus manos hacia el frente con las palmas giradas hacia arriba.)*

Extendemos nuestras manos para recibir la bendición de Dios:

"Que el Señor que viene a restaurar nuestra vida nos enseñe a exultar como María. Que nuestra alma anuncie su grandeza y nuestro espíritu se alegre en Dios, nuestro Salvador. Que la justicia y la esperanza de su Reino tomen forma en nuestras palabras y acciones."

Hermanos y hermanas, vayan en paz. Lleven al mundo la alegría que nace de la confianza en Dios, que acoge la pequeñez y realiza grandes cosas. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. *(Apagar las velas)*

Anuncios – *(Una sugerencia para la comunidad es con respecto al próximo y último encuentro, la invitación es poder realizar un bello banquete o un compartir con comidas hechas por cada una de las personas participantes. Sería un espacio en donde puedan llevar la comida al lugar de encuentro y tener un tiempo de ágape. Para esto, sería importante poder repartir y organizar a las personas que puedan y quieran llevar: comidas, bebidas, servilletas, vasos, cubiertos, etc. Todo lo que pueda ser necesario para ese momento de comunión).*

4º Devocional de Adviento

Instrucciones iniciales

Prepare el ambiente con la corona de adviento en un lugar donde todas y todos puedan ver. Igualmente, prepare en ese ambiente una tela morada o lila, con flores, la biblia y la cruz. Tenga también un encendedor o fósforos para encender las velas. Deje todo arreglado para que todas las personas se sientan cómodas.

Divida las partes del devocional con las personas presentes en el encuentro, cada una podrá leer una parte. Lo que está en cursiva dentro de los paréntesis no debe ser leído, es solo una instrucción para el momento. Cuando sea la hora de comenzar, invite a las personas a tener un momento de silencio y dé inicio al momento litúrgico. Por último, tener en cuenta que al final se tendrá un tiempo de compartir, en donde cada una de las personas debe haber llevado lo asignado anteriormente.

Saludo y bienvenida – (*Alguien da la bienvenida, puede ser la familia que recibe en la casa o alguien que dirige el grupo. Encender las cuatro velas de la corona de Adviento.)*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, en este cuarto y último encuentro del Adviento, nuestra espera se acerca a su punto más alto, pues la luz que aguardamos está a punto de brillar en plenitud.

El salmista clama en nombre del pueblo: “Oh Dios de los ejércitos, restáuranos; Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.” (Salmo 80.7)

Ese clamor es también el nuestro. Reconocemos que, muchas veces, la vida nos cansa y las fuerzas parecen faltar. Pero el Adviento nos recuerda que Dios no nos abandona: Él viene a restaurar lo que estaba quebrado, a reavivar lo que parecía apagado y a renovar nuestra esperanza. La justicia que florece y la paz que abunda son frutos de su misericordia. Al acercarnos a la Navidad, dejemos que esa súplica se transforme en confianza: el Señor viene a nuestro encuentro para salvarnos.

Que esta celebración reavive en nuestros corazones la fe y la esperanza, preparándonos para acoger al Cristo que viene. En la presencia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con gratitud y alegría, cantemos el primer himno:

♫ Canto ♫

Lectura del Salmo – Salmo 80.1-7,17-19

Confesión de pecados y anuncio de la gracia – Dios de amor y promesa, al acercarnos a la Navidad recordamos el gran misterio de la encarnación: Tú vienes a habitar entre nosotros y nosotras. Pero confesamos, Señor, que muchas veces no reconocemos Tu presencia en medio de nosotros y nosotras. Perdónanos cuando andamos con tanta prisa detrás de regalos y adornos que no tenemos tiempo de detenernos ante el pesebre, y cuando nuestra Navidad se reduce a listas de compras, puro consumismo y fotos para publicar, mientras Tu venida espera en silencio en un pesebre olvidado. Perdónanos cuando nos irritamos con la familia que tenemos, cuando intercambiamos palabras duras en la mesa de Navidad y no tenemos paciencia para escuchar a la persona mayor que solo quiere compañía. Perdónanos cuando desviamos la mirada de quien duerme en la calle, cuando compramos regalos caros para quien ya tiene todo y no extendemos la mano a quien no tiene lo básico. Perdónanos, Señor, por la ingratitud que apaga la alegría de vivir y por la dureza de corazón que nos impide acoger al prójimo y a la prójima. Perdónanos cuando reducimos la Navidad a celebraciones vacías y olvidamos el

verdadero don: Jesús, el Emanuel, Dios con nosotros. Señor, ten misericordia de nosotros y nosotras. Haz renacer en nuestro corazón la certeza de Tu presencia y llena nuestra vida de la esperanza que el Emanuel trae al mundo. Amén.

Escuchemos las buenas nuevas de la Palabra: "El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos." (Is 9.2)

Esa luz es Cristo, el Emanuel, que vino a habitar entre nosotros y nosotras. Él no vino para quienes se creen justos, sino para quien reconoce su necesidad de salvación. Por lo tanto, reciban y vivan esta verdad: en Jesucristo, la luz venció a las tinieblas, y somos perdonados y perdonadas, renovados y renovadas, enviados y enviadas a brillar en el mundo, acogiendo unos a otros y unas a otras, especialmente a la persona pobre y a aquella que más lo necesita. Amén.

♫ Canto ♫

Lectura del Evangelio – Mateo 1.18-25

Mensaje – Hermanos y hermanas en Cristo, estamos llegando al final del Adviento. Fueron cuatro semanas de espera, de velas encendidas y de preparación para la llegada del Señor. Pero sabemos que esperar no siempre es fácil. Tal vez algunos o algunas de nosotros y nosotras lleguen aquí hoy con el corazón cansado, cargando preocupaciones, enfrentando dificultades o tratando de encontrar respuestas que aún no han llegado. Y, en medio de todo eso, tal vez surja aquella pregunta tan antigua, que atraviesa generaciones de personas de fe: «¿Hasta cuándo, Señor?».

El Salmo 80, leído anteriormente, es la oración de un pueblo que se siente abandonado. Ellos llaman a Dios Pastor de Israel, el que cuida de su pueblo, pero, en aquel momento, parece que el Pastor está durmiendo. Por eso, hacen un pedido osado: «Despierta tu poder (…) y ven a salvarnos.» (Sl 80.2). Y repiten con vehemencia: «Oh Dios, restáuranos; Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos» (Sl 80.3).

Es la oración de quien llora, de quien está cansado o cansada, y siente que Dios parece distante. Tal vez tú conozcas ese sentimiento. Tal vez estés viviendo un Adviento así, esperando, pero con el corazón apretado.

Y lo más hermoso es que el pueblo no pide explicaciones. Pide la presencia de Dios. Porque ver el rostro del Señor es saber que él está allí, mirando con amor, sin abandonarnos.

Ahora vamos al Evangelio. Si alguien preguntara cómo responde Dios al grito del Salmo 80, ¿qué responderías? Tal vez truenos, ángeles bajando del cielo, una gran señal en el horizonte. Pero Mateo nos cuenta otra historia.

Dios responde con un sueño. Un sueño dado a un hombre sencillo de una ciudad pequeña, llamado José. Un hombre que no es el protagonista de la historia, que ni siquiera habla nada en todo el texto. José descubre que María, su prometida, está embarazada. Y él sabe que no es de él. Imagina el dolor, la vergüenza, el silencio dentro de casa. José era un hombre justo, y, en su cabeza, ser justo significaba alejarse, resolver todo con discreción, no hacer escándalo.

Pero Dios aparece en sueños y dice: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.» (Mt 1.20). La primera palabra de Dios no es una exigencia. Es un «no tengas miedo». Y después viene el nombre del niño: Emanuel, que quiere decir «Dios con nosotros».

¿Se dan cuenta de lo que está pasando aquí? El salmo pedía: «haz brillar tu rostro sobre nosotros». Y Dios lo hace de un modo que nadie esperaba: no de lejos, no desde arriba, sino desde dentro. Dios entra en la historia por lo bajo, por una familia que podría haber sido motivo de chisme en el vecindario, por un embarazo fuera de tiempo, por una ciudad sin importancia llamada Belén. El rostro de Dios va a brillar en el rostro de un niño pobre, en un pesebre.

Es eso lo que la fe luterana siempre insistió en decir: nosotros y nosotras no subimos hasta Dios; Dios baja hasta nosotros. No conquistamos la presencia de Dios con nuestras oraciones bonitas, con nuestros esfuerzos, con nuestra vida ordenada. José no hizo nada heroico. Solo despertó del sueño e hizo lo que el ángel mandó. La fe, aquí, no es una hazaña. Es una acogida. Es abrir la puerta para que Dios entre en el desorden de nuestra vida.

Hoy, tal vez estés aquí con un corazón parecido al del Salmo 80. Tal vez la vida se haya vuelto difícil, y la pregunta sea: «Dios, ¿dónde estás? ¿Estás viendo lo que estoy pasando?».

La buena noticia del Adviento es que Dios no responde a nuestro grito con silencio. Responde con un nombre:

Emanuel. Dios no nos promete una vida sin dolor, no nos promete respuestas rápidas, no nos promete que los problemas desaparecerán. Nos promete algo más grande y más concreto: su presencia.

Y esa presencia llega en las cosas más sencillas. Llega en la noche de quien no duerme por causa de una noticia inesperada. Llega en la casa de quien perdió el empleo y no sabe cómo va a pagar las cuentas del mes. Llega en el cuarto de quien está enfermo o enferma y esperando un resultado de examen. Llega en el corazón de quien va a pasar la primera Navidad sin alguien que amaba. Llega en la vida de quien fue obligado u obligada a salir de su tierra y busca abrigo. Llega en la mesa de quien no tiene cena. Llega en la familia que se reconstruyó después de una tragedia. Llega en la vida de quien se siente solo o sola y piensa que a nadie le importa.

Dios no está lejos del sufrimiento. Él entra en él. Eso es lo que significa la Navidad. Y aquí está nuestro llamado. El salmo pide que Dios haga brillar su rostro. Y Dios lo hizo en Cristo. Pero hoy, hermanos y hermanas, ese rostro necesita seguir apareciendo. Y aparece cuando nosotros lo mostramos.

Cuando alguien acoge a la persona que todos dejaron de lado, el rostro de Dios brilla. Cuando una familia abre la

mesa para quien estaría solo o sola, el rostro de Dios brilla. Cuando la comunidad se organiza para ayudar a quien perdió la casa en la inundación, el rostro de Dios brilla. Cuando alguien tiene el valor de decirle a la persona mayor: «yo tengo tiempo para escucharte», el rostro de Dios brilla. Cuando defendemos a la persona pobre, cuando cuidamos de la creación que gime, cuando no desviamos la mirada, el rostro de Dios brilla.

Y, así como José, muchas veces vamos a necesitar valor para hacer lo que Dios pide. Tal vez Él nos pida acoger a alguien que nuestro vecindario juzga, dar un paso que parece arriesgado, cambiar de idea sobre una persona. José pensaba que ser justo era alejarse. Dios mostró que ser justo era acoger. La misericordia siempre fue mayor que nuestra idea de justicia.

Estamos casi en Navidad. Tal vez todavía no veas todas las respuestas. Tal vez tu «¿hasta cuándo?» siga sin solución. Pero el Adviento nos enseña a esperar de un modo diferente: no con los ojos en el suelo, derrotados y derrotadas, sino con el rostro levantado, porque sabemos en quién confiamos.

El grito del Salmo 80 no quedó sin respuesta. Dios despertó. Dios vino. Y su nombre es Emanuel. Él está con

nosotros y nosotras hoy, estará con nosotros y nosotras en Navidad y estará con nosotros y nosotras en cada día del año que viene. No porque seamos dignos o dignas, sino porque Él es fiel.

Que en esta última semana del Adviento podamos hacer como José: despertar, confiar y acoger. Y que nuestro grito «Restáuranos, Señor» se transforme en alabanza, porque el rostro de Dios ya brilló sobre nosotros y nosotras. Amén.

Pausa para diálogo: *(En este momento, abrir el diálogo en grupo a partir de las siguientes preguntas motivadoras:)*

1) El Salmo 80 es la oración de quien se siente abandonado y abandonada y pregunta: «¿Hasta cuándo, Señor?». ¿Has vivido un momento así? ¿Qué te ha hecho sentir que Dios parece distante?

2) El mensaje dice que el rostro de Dios brilla cuando acogemos. ¿Quién fue, en tu vida, el rostro de Dios que brilló para ti? ¿Y para quién puedes ser tú, de forma individual o en comunidad, ese rostro esta semana?

(Dar algunos minutos e incentivar al dialogo comunitario sobre la reflexión)

♫ Canto ♫

Oración final – Señor nuestro Dios, en esta cuarta semana de Adviento contemplamos el misterio de la encarnación a partir de la historia de José, quien ante lo inesperado supo confiar y obedecer a Tu voz. Como él, muchas veces somos sorprendidos y sorprendidas por caminos que no planeamos y por situaciones que nos causan miedo. Enséñanos, Señor, a confiar en Tu Palabra incluso cuando no comprendemos todo, y a responder con fe a Tu llamado. Te pedimos, Señor, que Tu Iglesia proclame con valentía el Evangelio del Emanuel, Dios con nosotros, recordando al mundo que Tú no abandonas a Tu pueblo y que Tu amor se manifiesta en la fragilidad de un niño pobre, nacido en un pesebre. Acuérdate, Señor, de las personas que enfrentan decisiones difíciles y no saben qué camino elegir. Acuérdate de quien recibe una noticia inesperada y no encuentra fuerzas para empezar de nuevo. Acuérdate de quien necesita tomar una actitud justa incluso cuando la cultura que lo rodea dice lo contrario. Acuérdate de las familias que se reconstruyen después de una tragedia. Acuérdate de quien no tiene vivienda y espera un lugar para recomenzar. Acuérdate de quien está enfermo o enferma y

aguarda un diagnóstico o un tratamiento. Acuérdate de quien perdió el empleo y no sabe cómo sostener la casa. Acuérdate de los pueblos que viven bajo la amenaza de la guerra, de las personas desplazadas que no pueden volver a casa, de los niños y las niñas que crecen en albergues y campos de refugiados. Acuérdate de Tu creación que sufre: de los bosques que se queman, de las aguas que se vuelven escasas, de las comunidades afectadas por inundaciones y sequías. Señor, danos un corazón disponible para acoger a quien lo necesita, especialmente a la persona pobre y a aquella que más necesita protección. Haz de nosotros y nosotras instrumentos de Tu amor y mensajeros y mensajeras de Tu alegría. Que Tu Reino de justicia y paz florezca entre nosotros y nosotras. Todo esto y mucho más que guardamos en nuestros corazones, lo oramos en Tu nombre, con la oración que el mismo Cristo nos enseñó: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad aquí en la tierra, como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal; porque

tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición y envío – (*La persona que conduce la lectura de la bendición y envío, extiende sus manos hacia el frente, con las palmas dirigidas hacia abajo. Las demás personas que reciben la bendición extienden sus manos hacia el frente con las palmas giradas hacia arriba.)*

Extendamos nuestras manos para recibir la bendición de Dios:

"Que el Emanuel, Dios con nosotros, que viene a restaurar nuestra vida, permanezca a nuestro lado en cada paso. Que su justicia venza las tinieblas, su paz sostenga nuestro caminar y su esperanza nos prepare para acoger la Navidad con alegría."

Hermanos y hermanas, vayan en paz. Lleven al mundo la justicia que florece y la esperanza que no desanima. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. (*Apagar las velas)*

Cierre – *(En este último momento del devocional, comienza el momento del compartir con las comidas traídas por las personas miembro. Igualmente, charlar sobre cómo fue la*

experiencia con los devocionales, cómo se sintieron en la preparación para la navidad y poder así, compartir experiencias y comidas en este momento de cierre).



FACULDADES EST

InS

Instituto Sustentabilidade
América Latina
e Caribe

Visítanos:

ins_sustentabilidad • insustentabilidad • sustentabilidad.est.edu.br